

Procuran demostrar el interés de Inglaterra por apoderarse de bases sudamericanas para emplearlas como trampolín para comerciar con Indias orientales y hasta con posesiones americanas pertenecientes a España.

En ese momento, de gran peligro para el imperio colonial español, Carlos III ubica a Manuel Amat al frente del Virreinato del Perú. Es aquí donde adquieren mayor importancia esas "manifestaciones de piedra" como testimonio de que España atiende sus intereses americanos.

Ese afán de reformas del Virrey Amat fué reflejo de lo que en España ocurría. "Ahí están las Academias, los caminos, los canales, las Sociedades económicas de Amigos del País, las renovaciones de los estudios" (p. 21).

Al subrayar ciertos acápites discutibles, apuntaremos que R. C. y P. E. afirman que es la política exterior de Carlos III la mejor prueba de que el Rey no fué simple instrumento en manos de sus ministros, pues ellos cambiaban; pero "sin embargo la orientación política, aun en los detalles, es enteramente la misma. Parece lógico pensar que el único que permanece, el rey, sea el autor, para bien o para mal de esa orientación" (p. 85).

Apuntan en otro lugar que el espíritu de la "enciclopedia" traspasó los Pirineos a pesar del gobierno, el cual adopta frente al problema una actitud de plena beligerancia. Sólo a partir del conde de Aranda, se puede hablar de una cierta neutralidad en la materia.

En la segunda parte de la obra los autores estudian las fortificaciones de la época del Virrey Amat y las reformas de las ya existentes; dividen las construcciones similares en defensas de la costa y de fronteras de los indios, las estudian en detalle y subrayan el importante papel desempeñado por José Antonio Birt y posteriormente por Garland.

El valor de la obra adquiere así mayores proporciones si consideramos la ausencia de estudios monográficos sobre la época del Virrey Amat.

Es fuente principal del trabajo el Ms. 400 de la Biblioteca de Cataluña, en donde se hallan los planos y láminas de las fortificaciones, cuya publicación constituye un aporte valioso para la investigación histórica. También se ha utilizado la *Relación de Gobierno* de Amat, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, (de la cual también se ha empleado los manuscritos del Compendio Histórico de las obras, proyectos y descubrimientos del señor Amat, gobernando los reynos del Perú y Chile y Descripción de la ciudad de Lima, ... etc.).

Igualmente, el t. 43 de la Colección Mata Linares. Por último, se incluyen informaciones entresacadas de diversos archivos españoles, como: Biblioteca Nacional de Madrid, Servicio Histórico Militar de Madrid, Archivo General de Indias, Archivo Histórico Nacional y Archivo General de Indias.

En apéndice se incluye el índice completo del Ms. 400 de la Biblioteca de Cataluña, el cual encierra una colección de 144 documentos, muchos de los cuales importan para investigaciones de nuestra historia. También hay varios planos de edificios u obras emprendidas en la época en la ciudad de los Reyes.

Jorge Contreras Ovalle.

ISMAEL SANCHEZ BELLA. *La España que conoció el General San Martín. (Para la comprensión de la independencia de América)*. Arbor, tomo XVIII, nº 63, Madrid, marzo de 1951, p. 344-357.

Comprender en su íntegro sentido la emancipación americana, requiere previamente

te una distinción inicial. De ella depende en gran parte la buena orientación del enjuiciamiento presente.

La independencia puede estudiarse en su expresión externa, tangible, concretada en determinados sucesos políticos o bélicos. Esta es la manera más fácil de considerarla; pero es también la más superficial y secundaria. Se queda en la epidermis del fenómeno y no agota un contenido más profundo. Otro camino, de mayores dificultades, pero que garantiza más hondura, toma la emancipación como un hecho espiritual antes que político; como causa de la formulación final —el rompimiento con España.

La interpretación completa de la independencia exige el estudio primario de las causas últimas. Solamente así el problema se ilumina y esclarece en forma radical. De este modo, dejamos de considerar la independencia como obra exclusiva de los caudillos militares que imponen a los pueblos americanos el espíritu secesionista bebido en las convulsiones europeas. Cambia la perspectiva, y aun reconociendo el papel excepcional de los jefes criollos, nos inclinamos a pensar que ellos no son causa de la emancipación sino que canalizan, dan contornos precisos a un impulso preexistente, que el historiador puede comprobar como uno de sus mejores descubrimientos; acaso, el de más trascendente significación.

Creemos que estos conceptos preliminares son necesarios para entender la crítica al trabajo de Sánchez Bella. *La España que conoció el General San Martín* es un aporte que se añade al ya numeroso de los historiadores jóvenes de la Península, que se esfuerzan por desentrañar —con celo e interés laudabilísimos— la verdad histórica de nuestra independencia.

Es un artículo de interpretación general y sin intención erudita, al que cabe formular algunas observaciones y sobre el que podemos plantear algunos conceptos, utilizados ya por la nueva corriente historiográfica peruana.

Muy cierta es una de las primeras frases del autor: el transcurso del tiempo ha contribuido indudablemente a madurar el juicio de los historiadores. Las cosas se dicen ahora con menos pasión y más objetividad. Pero no basta la etapa meramente despojadora de excitaciones y prejuicios. Conviene unirla con la investigación paciente y el análisis profundo de todos y cada uno de los elementos que han podido influir en el movimiento separatista. Las falsas, unilaterales explicaciones menudean en libros, himnos y cantos populares. Las revisa atinadamente Sánchez Bella y encuentra que, en realidad, argumentos como "la existencia de hondas diferencias y permanentes rebeldías en el seno de la sociedad indiana", la tiranía de los españoles y su insufrible yugo, no poseen la fuerza decisiva que sus autores quisieron darle. Su verdadero lugar es muy modesto. Asimismo, ver en la independencia "una prueba de la madurez del cabildo o de los manejos de las sectas y logias", sería —dice S. B.— confundir la voluntad de emancipación con los órganos de expresión. Descártase también la teoría unilateral basada en la influencia doctrinaria de Suárez.

El pensamiento de Sánchez Bella puede ser sintetizado fielmente en las siguientes palabras. El centro de gravedad del problema de la Emancipación "debe situarse en Europa, donde el fermento ideológico alcanza virulencia inusitada y en donde lo reciben los principales jefes de la Revolución americana". La independencia es una consecuencia lógica de la convulsión social e ideológica general europea. Conclusión: la independencia fué un fenómeno natural histórico que tuvo que producirse al triunfar las nuevas realidades históricas y concepciones políticas.

Sánchez Bella ha puesto énfasis definitivo y, al parecer, excluyente en el elemento extra-americano como determinante de la emancipación. "No se trata de causas

locales, regionales" —añade—; quitándonos así toda oportunidad de entender la emancipación como un fenómeno de hondura esencialmente americana. Que es la forma auténtica de enfocarlos. Repasemos algunas ideas que pueden arrojar luz.

En América existían, a fines del siglo XVIII, naciones verdaderas, diferenciadas en sus tradiciones y tendencias. Poseían una individualidad no en trance de formación sino ya claramente delineada. Esas naciones requerían, por el hecho de serlo, la independencia política de España. En lo que al Perú respecta, este arranque nacional se exteriorizó en las letras y en las armas mucho antes de la intervención extranjera de auxilio y, por supuesto, al margen de la convulsión europea que, de llegar, lo hacía en forma restringida y atenuadísima.

Tal convulsión afectó a los jefes criollos. De esta estrecha relación deduce Sánchez Bella la que existía entre la independencia y la crisis europea. En este punto, merece que volvamos a la distinción inicial. Evidentemente el sistema político de constitución de los nuevos Estados separados de España se debió a los caudillos que tuvieron contacto con la agitación del XVIII europeo. Pero las bases doctrinarias y sociales del siglo —que recalca el autor— no son factor único y preponderante en la emancipación. No las negamos; las desplazamos, con el fin de otorgar la primacía a elementos que han demostrado en la historia poseer más vitalidad y fuerza.

La independencia política de Hispanoamérica ha supuesto y requerido la emancipación espiritual (no en un sentido absoluto, radical, de rotura de los vínculos de lengua, religión y cultura). Ese incoercible afán no se gestó únicamente en ideologías particulares del siglo décimooctavo. Las raíces, aun siendo muy hondas, deben buscarse no tanto en lo extranjero, siempre incidental y accesorio, cuanto en la propia esencia de lo americano. La emancipación se produce no en virtud de ideas forasteras (reacción antiabsolutista, liberalismo, etc.) sino en virtud de leyes propias del crecimiento espiritual de las provincias de ultramar.

La influencia del afrancesamiento es lateral y apagada, de ninguna manera principal y decisiva. En el Perú, por ejemplo, la vivaz tradición hispánica se sobrepuso netamente a la virulencia del pensamiento ilustrado.

La tesis que aquí se propugna: la formación de la conciencia nacional, tiene en su apoyo los testimonios célebres de los precursores; no cabe tomar esos documentos como frutos aislados y peregrinos de tal o cual personaje. Son, por el contrario, expresión de un pensamiento común a las clases cultas de la nación.

No puede negarse en los precursores una constante censura a la política del gobierno central. Esta recriminación, este anhelo de reforma, no se fundan en los motivos esgrimidos por los antiabsolutistas y liberales españoles. Obedecen más que nada a una singularidad americana, ni entendida siquiera por los gobernantes españoles. Se ha dicho con exactitud que de la conjunción de estos dos elementos —afán reformista y conciencia de la singularidad— resulta una potente combinación, que fundamenta en última instancia la doctrina de la independencia.

La emancipación no está ligada a los vaivenes políticos de la metrópoli; éstos influyen incidentalmente de un modo más o menos efectivo (la coyuntura de Bayona). Entre nosotros, el empuje latente del separatismo seguía su curso normal, sin ser alterado en grado intenso ni por el liberalismo doceañista ni por el recrudescimiento absolutista.

Como conclusión, reiteramos que hay sólo un método para acertar en el juicio del movimiento emancipador: ir a buscar sus causas en las capas más profundas, en el marcado sentido nacional, que, aunque parezca paradójico, fué fruto de la obra de España. A la tesis de Ismael Sánchez Bella deberá oponerse, quizás con mejores pro-

babilidades de éxito, esta otra: "El centro de gravedad del problema de la emancipación reside en la realidad americana". Advertimos finalmente que el postulado no es excluyente; admite, solicita todas las otras búsquedas, como la que ha realizado Sánchez Bella.

Quizás por no hacer hincapié en lo americano que surge —esto es, en la independencia como nacida de la misma entraña de América, como fruto de una singularidad que exige su forma propia— no ha dado este ensayo el paso decisivo que lo convierta en una interpretación española completa, la interpretación integral que todos esperamos.

Armando Nieto Vélez.

FEDERICO SUAREZ, *La Crisis Política del Antiguo Régimen en España. 1800—1840*. Madrid, Ediciones RIALP, S. A., Biblioteca del Pensamiento Actual, 1950. 212. p.

Como lo advierte el autor en el capítulo inicial de este libro, el siglo XIX español —y americano, podemos añadir— es una de las épocas peor conocidas. De todas las anteriores, acertado o no, tenemos un esquema que nos facilita su comprensión. Cualquier intento de captar el sentido de nuestro siglo XIX choca con una masa amorfa de hechos y datos, nombres propios, levantamientos, constituciones, generales... hasta el momento la investigación histórica se ha limitado casi exclusivamente a establecer la escueta sucesión de gobernantes y revoluciones o ha incurrido en lo meramente anecdótico. Nada, o casi nada, de historia interna, de historia social, de historia de las ideas. Como en el más ingenuo primitivismo pictórico se nos ha presentado los acontecimientos decimonónicos sin dimensiones proporcionadas ni perspectivas, sin colores, sin matices y sin luz.

La tarea de revisión histórica ha logrado establecer las líneas generales de la época medioeval española y la del momento culminante del imperio, pero nada más. Y esto es verdad hasta tal punto que cualquier estudiante español sabe mejor la lista completa de los reyes visigodos que no algo sobre Narváez o Mendizábal. Parecida cosa ocurre en Hispanoamérica. Concretamente en el Perú, tenemos muy presente la lista de nuestros problemáticos catorce Incas y de nuestros cuarenta virreyes pero ignoramos en cambio las luchas doctrinarias de mediados del siglo pasado.

Sin embargo la situación comienza a cambiar. Ultimamente vienen apareciendo monografías científicas sobre el siglo XVIII y el XIX hispanoamericano. Son, entre otras, los trabajos de Vicente Rodríguez Casado, José María Jover, Vicente Palacio Atard, José María García Escudero, Jaime Delgado, Guillermo Céspedes del Castillo, etc. A la labor de estos historiadores españoles habría que añadir la de muchos americanos. En el grupo mencionado se encuentra Federico Suárez Verdaguer, que reúne en este libro, unificándolos, numerosos trabajos publicados anteriormente sobre el mismo tema¹; libro que hemos recibido con verdadero entusiasmo quienes nos iniciamos en la investigación de esta época.

Interesa el estudio de Suárez no sólo para la historia española sino también, y

¹ Varios de ellos aparecidos en *Arbor, Revista de Estudios Políticos, Anuario de Historia del Derecho Español y Estudios Americanos*, a partir de 1943.